

Hablo de Cayetano Aníbal. Era mi amigo y se me ha muerto. Tenía alma de niño preguntón y cándido y era mi amigo. Ha sido mi amigo desde nuestros primeros coqueteos con el arte y la literatura. Niño, sí; pero con el vigor y la fuerza del escultor, la mirada sensible del pintor y la precisión y el pulso del que arrastra con decisión la punta seca en un grabado o se aventura en experimentos siempre con sorprendentes y espléndidos resultados. Sus esculturas hablan por él en plazas y calles y sus cuadros prolongan su vida en museos de todo el mundo.

Académico y profesor de arte. Exposiciones en las más afamadas galerías. Talleres de grabado. Carpetas de exquisitas estampaciones. Encuentros de artistas plásticos. Protagonismo en empresas culturales de toda índole. Comisión organizadora del primer homenaje a Fe-

RAFAEL GUILLÉN
PREMIO NACIONAL DE
POESÍA. PREMIO GARCÍA
LORCA DE POESÍA

MORIR EN UN OTOÑO CÁLIDO

derico García Lorca. Cenáculos y grupos artísticos. Su vida fue una interminable sucesión, quizás mejor simultaneidad, de toda clase de actividades relacionadas con la cultura.

Hablo de Cayetano Aníbal. Era mi amigo y se me ha muerto. Y, con las lágrimas, afloran inevitablemente los recuerdos. Mañanas soleadas de domingo triscando con nuestros hijos pequeños por colinas

y vaguadas, rambla de Villanueva Mesía rumbo a Montefrío. Piedras con vestigios de haber sido utilizadas por hombres primitivos. Y aquí, su irreprimible afán didáctico: esto es un núcleo, esto un cuchillo, esto una raedera, mira el punto de impacto, el retoque, esto un punzón, esto son lascas de desbaste, ah, un hacha, magnífica, claramente del achelense.

O Capileira, ¡ah, Capileira! Las blancas fachadas de piedra con las fotogénicas ristras de pimientos rojos secándose al sol, los “terraos” transitables, el barranco de Poqueira abierto hasta las lejanas brumas, todo el esplendor de los otoños dorados, los lentos paseos hacia Bubiñ, los castaños, las paratas y acequias y los equilibrios para coger las moras maduras. Y las casas de los amigos siempre abiertas. La de Cayetano y María del Mar, la más “hondera”. Y Nina conmigo, y Tere

y Pepe Corral con su vino filosófico, y Juan Muñoz y Helga, y Luis López e Isabelita. Y Paco, llegando de París. Y también veranos refrescados por el aire serrano. E inviernos bajo la tamizada y fría luz de las nubes bajas. Y esas Navidades junto al fuego de las humeantes chimeneas –o se sabe por qué; ‘la que jumea, jumea’– y saca otra botella de la nevera (la nevera era la terraza, donde el cava estaba enterrado bajo medio metro de la nieve que seguía cayendo). Y un ritmo de boleros y de tangos apuntalando los vacilantes pasos del alcohol, abriendo puertas a la madrugada...

No sé cuándo ni dónde dije que recordar es también volver a morir. Porque aquellos momentos desaparecieron, por más que nosotros intentamos recrearlos en un desesperado intento de vivirlos de nuevo. Recordar es reconocer un fracaso. ¡Tanta vida en común! Y mi estudio

en la avenida Cervantes. Y las tardes en el carmen de Mariano Cruz con el gran Paco Izquierdo, varios años de venturosas tardes de vino y amistad, en la tarea gozosa de editar “Los Papeles del Carro de San Pedro”. ¿Dónde van a parar las horas felices? ¿Dónde irá a parar este dolor que ahora siento?

Cayetano amigo. Te has llevado algo de mi vida, de la vida de los que te queremos. Echo de menos tu estampa noble, tu sinceridad, tu curiosidad, tu interés por todo. Hecho de menos tus inocentes e inquisitoriales preguntas sobre el más intrascendente de los asuntos, tu hombría de bien, tu firmeza en la amistad. Eras un pozo sin fondo para el afecto. Ibas pidiendo a gritos que te quisieran

Y te nos mueres. Y afuera está el otoño luminoso y cálido. Debía de estar prohibido morir en días como este.